

QUINTERO MONTIEL, Inés Mercedes, *Itinerarios de la mujer o el 50 por ciento que se hace mitad* (Tomo 1; págs. 245-271); “El siglo XX conversado con...” Ramón J. Velásquez (Tomo 1, págs. 335-360), Germán Carrera Damas (Tomo 1; págs. 459-511), Elías Pino Iturrieta (Tomo 3; págs. 343-379) y Manuel Caballero (Tomo 3; págs. 453-486), en: Asdrúbal Baptista, coordinación y cuidado de la edición, *Venezuela Siglo XX. Visiones y Testimonios*. Caracas: Fundación Polar, 3 tomos, 2000.

Miguel Angel Rodríguez LorenZo.*

(GRUPO DE INVESTIGACIONES SOBRE HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMÉRICA LATINA: GRHIAL)

Departamento de Historia Universal.

Escuela de Historia.

Facultad de Humanidades y Educación.

Universidad de Los Andes.

Mérida – Estado Mérida – Venezuela.

Si bien el azar y la arbitrariedad parecen dominar nuestras existencias de sombras de nubes pasajeras (como escribiera Ungaretti, uno de los grandes poetas del siglo XX) y relegar la objetividad de que presume la ciencia al territorio de las ilusiones que forja la mente humana, para darle un toque fantasioso de coherencia al caos en que nos toca atender las tareas cotidianas que nos imponen nuestra finitud vital y limitaciones biológicas... no podemos terminar de aceptar que todo sea *desorden*... o nos dejamos tentar por la esperanza de que bajo *él* gobierna un *orden secreto*, inasible e incomprensible, una estructura invisible que *ordena* el evidente *desorden* en el que nos reconocemos... A esa esperanza parece haber acudido Asdrúbal Baptista cuando convocó a las 1.693 páginas de esta obra, 60 nombres, para que, en 58 ocasiones, dijera a Venezuela en su dinámica socio-histórico-cultural de cien años...

A ella la invocamos nosotros también para justificar los cinco autores que escogimos para referirnos a los tres tomos de este libro.

Para realizar la selección recurrimos a nuestro (ambiguo, arbitrario, impreciso, subjetivo, caprichoso...) criterio, sobre la base de que son los más representativos del quehacer historiográfico venezolano de finales del siglo XX y comienzos del XXI, puesto que las obras de su autoría tienen una presencia editorial constante, sus apariciones —como *historiadores profesionales*— en la prensa, la radio y la televisión son regulares, todos —salvo uno (Carrera Damas)— son actualmente miembros de la Academia Nacional de la Historia y, además, porque cuando se hacen presentes en Mérida, en ocasión de ser invitados a algún evento historiográfico que se desarrolla en los espacios académicos de la Universidad de Los Andes, logran captar una considerable audiencia. Sobre estas premisas y la perspectiva subjetiva que nos permite nuestra vinculación al oficio historiográfico, consideramos que ese quinteto de historiadores es el más idóneo para hacer el balance del siglo XX venezolano y trazar las perspectivas que éste permite captar hacia el mañana.

Velásquez, Carrera, Pino y Caballero hacen sus respectivos balances sobre la centuria próxima pasada mediante una conversación sostenida, por separado, con el

Coordinador-editor de la obra, Ramón Piñango, Isaac Chocrón, Rafael Cadenas, José Luis Vethencourt, Luis Enrique Pérez y Maritza Montero; tratando temas generales sobre el siglo pasado; mientras que la exposición de Quintero Montiel fue el resultado de un artículo sobre un proceso específico: la lucha de la mujer venezolana por lograr el reconocimiento (por parte de los hombres y de sí mismas) de su rol y significación social.

El ex-presidente Ramón José Velásquez Mujica, más bien monologa que conversa, a partir de una introducción que hace Baptista y un apunte que acota Piñango; tras los que hilvana su narración sobre el acontecer político, económico, social e intelectual venezolano desde Cipriano Castro a Hugo Chávez, sin obviar las necesarias referencias a los antecedentes coloniales y decimonónicos que desembocaron en la Venezuela atomizada con la que se dio comienzos al siglo XX, la cual, a partir de la hegemonía andina de esos inicios de siglo, fue siendo encauzada hacia el estado centralizado de cien años después.

Apenas al final uno que otro de los interlocutores le asoman alguna interrogante, en relación con un confuso sentimiento de desesperanza sobre el futuro democrático del país, al cual Velásquez intenta restarle *peligrosidad*, al considerarlo como expresión de los cambios radicales que acontecieron en Venezuela en un siglo, definiendo – entre otros muchos argumentos– su propio desempeño de la presidencia del país en los siguientes términos: “...siempre digo que presidí una crisis nacional, no un gobierno...” (Tomo 1, pág. 353.)

Carrera Damas, por su parte, supo aprovechar la conversación para desglosar la tesis central de su concepción acerca de lo que define, a partir del momento en el que los venezolanos nos concebimos como *nación*, como *larga marcha hacia la democracia*, proceso que se habría acelerado de manera determinante en el siglo XX, cuando nuestro país se habría convertido “...de un grupo humano en una sociedad institucionalizada...” (Tomo 1, pág. 465.) Este tema, tal vez adelantándose a sus contertulios (lo suponemos porque, efectivamente, todas las conversaciones, con los autores aquí recogidos, arriban al tratamiento del *gobierno chavista* y su posible significado propiciatorio u obstaculizador del *futuro democrático* del país en el presente siglo), lo conduce el entrevistado hacia la discusión sobre el *momento de cruce de un siglo a otro*, con un gobierno que, en ese momento, sostenía un discurso que decía sustentarse en el pensamiento del Libertador Simón Bolívar y cuestionador de los “logros” que historiográficamente han venido siendo señalados como *haberes* de la *...larga marcha...* señalada por el historiador; sobre todo en relación con los correspondientes a los, entonces, *40 años* de los gobiernos derivados del *Pacto de Punto Fijo*... Discurso que Carrera no tiene por espontáneo, sino como consecuencia de los planteamientos de los *científicos sociales* en sus análisis sobre la Venezuela del siglo XX:

...¿Cuál fue la fosa que le cavaron los científicos sociales a la democracia venezolana?: ‘no puede ser una genuina democracia aquella donde no haya una participación equitativa de todos

sus miembros, etc. y mientras haya 40 ó 60 por ciento de pobreza no hay democracia'..." (Tomo 1, pág. 474.)

Premisa negativa a la que, apunta él, se sumaba la tendencia *suicida* de los gobernantes y los dirigentes políticos (las candidaturas de Alfaro Uceró e Irene Sáez en A.D. y C.O.P.E.I., en las elecciones presidenciales de fines de 1998, indica el autor como ejemplo) y la declinación de la *Comisión Presidencial para la Reforma del Estado* (CO.P.R.E.), de la que formó parte Carrera Damas, de una entidad que hacía propuestas para una efectiva reforma democrática de Venezuela, a un "...seminario académico..." (Tomo 1, pág. 480.)

Pese a ello el autor no se mostró pesimista, sino lo contrario, pues para él la democratización que habría logrado alcanzar la sociedad venezolana en el siglo XX le daba fortaleza para enfrentar los proyectos e intentos por desmontar, en el XXI, esa conquista:

...El gran logro de este siglo es haber tomado un grupo de hombres y mujeres y convertirlos en una sociedad de acuerdo con un determinado proyecto sociopolítico de carácter democrático y moderno. Y no hay necesidad ninguna de decir que todo ello se dio gracias al petróleo, porque al mismo tiempo hubo petróleo en los países árabes, en África y en otros lados, y allí no se desarrolló ni se ha desarrollado todavía un proyecto democrático. Entonces, si es cierto que el factor humano tiene una enorme importancia. Cada día que pasa me obliga a sentir un mayor respeto por ellos." (Tomo 1, págs. 475-476.)

Al final (Tomo 1, pág. 486) el poeta Rafael Cadenas formula una interrogante que evoca el sentido mismo de la vida humana y que, por ello, es gigantesca en sentido, profunda en contenido, eterna en su trascendencia y valiosísima para nosotros, porque fue planteada desde Venezuela y en la perspectiva de nuestro oficio y acontecer histórico: "...A los historiadores ¿no los horroriza la historia?"

Sin embargo, el *maestro Carrera*, como lo llaman sus discípulos y los que sin serlo también lo reconocemos como tal, la eludió... dando una tibia respuesta académica...

En cuanto a la conversación con Elías Alfonso Luis Pino Iturrieta, éste y sus contertulios la dirigieron hacia la contrastación de los siglos XIX y XX, en torno a la figura de los *caudillos*, buscando dilucidar si a través de ella era posible *explicar* el proceso histórico de la Venezuela independiente, posibilidad metodológica que el historiador Pino prefiere enfocar desde el ángulo opuesto: desde el de los *sometidos*, desde el *pueblo*, perspectiva desde la cual propone la siguiente hipótesis:

¿Le importa de verdad a Venezuela la libertad? ¿El venezolano del siglo XX está o ha estado dispuesto a jugársela por la libertad? Si vemos la sumisión ante Castro, la sumisión ante Gómez, las complacencias antes López y Medina, pero también los himnos que le cantamos a Pérez Jiménez, tendríamos que dudarle, o cuando menos pensarlo sin prisas. Se me ocurre que sólo así podremos también entender la fascinación que provoca el presidente Chávez. (Tomo 3; pág. 353)

La estructura de esta conversación coincide con las de Velásquez, Carrera y Caballero, al no poder evitar referirse al gobierno con el que culmina el siglo XX y

prosigue todo lo que va del XXI y el tercer milenio en Venezuela, con el cual —señala el historiador nativo de Boconó, Estado Trujillo— se habría retomado la línea autoritaria que caracterizó a los gobiernos del siglo XIX y gran parte del XX (donde incluye al período 1945-1948, en el que Acción Democrática implantó el *autoritarismo de partido* y asumió la exclusividad del control del país y limitó la deliberación [Tomo 3, pág. 355].)

Sobre todo esto, casi culminando, una percepción sencilla y a la vez profunda del país fue puesta sobre el tapete por el poeta Rafael Cadenas, asomando —por lo menos— una *duda razonable*, sobre el *análisis absolutista* que se había construido a lo largo de la conversación-entrevista, con respecto al autoritarismo gubernamental que caracterizaría a la historia contemporánea desde Páez hasta Hugo Chávez Frías, pues Cadenas comenta:

...Yo fui por tierra a Barquisimeto, Maracaibo y me devolví a Caracas pasando por Punto Fijo. No vi un solo policía. ¡Es realmente increíble! Ni un solo policía, ni fiscales de tránsito, ni en la carretera ni en las ciudades... (Tomo 3; pág. 370)

A pesar de ella, todos los demás siguieron apegados a sus *percepciones intelectuales del país*, según las cuales los venezolanos tendrían un “...hambre desesperada de orden...” (Ídem.), lo que *explicaría* que históricamente hayamos tolerado todos los autoritarismos y caudillos... En concreto Pino Iturrieta —a nuestra manera de ver— para no mostrar *fisura* alguna en las argumentaciones que había venido amontonando, una sobre otra, en apoyo de su hipótesis de que el venezolano es un pueblo que no ha defendido la libertad y la democracia— “*confunde*” la precisión formulada por Cadenas, con una *anécdota de pasajero* y pretendió rebatirla con *otra* en la que a un hijo suyo, en un viaje que hizo a Margarita sin portar *licencia de conducir*, no tuvo inconvenientes, porque al no *tragarse* ningún semáforo, ninguna autoridad se la solicitó...

Manuel Caballero, en su conversación con el mismo equipo, sometió a contraste la Venezuela que comenzó el siglo XX sometiéndose a la *hegemonía andina* y lo culminó dándole la presidencia a Hugo Chávez “...porque quería una dictadura...” (Tomo 3; pág. 469); para apuntar que entre uno y otro momento prevaleció un largo período de paz social, en comparación con el guerrero y conflictivo siglo XIX.

Tal período (que por la prensa, en alguno de sus artículos, este historiador nacido en el Estado Lara, lo ha llamado *la paz de los cien años*) lo caracteriza señalando los siguientes procesos:

1. - Urbanización,
2. - Conquista de la calle por la mujer,
3. - Fracaso de la idea de *sembrar el petróleo*,
4. - Democratización de la sociedad y el estado y
5. - Difusión de la educación, permitiendo la formación de élites.

Con respecto a la afinidad de los venezolanos con la libertad y la democracia, Caballero —quien paradójicamente es el entrevistado, del grupo construido por nosotros para efectos de esta reseña, que menos menciones hace de Chávez Frías— expone que los partidos políticos de la Venezuela del siglo XX, con sus rasgos de centralismo y verticalismo leninista, surgieron por el *miedo al caos* que había caracterizado al país durante el siglo XIX y parte del XX, como vía sustitutiva del caudillismo que había servido para contener y encauzar los impulsos de la masa, pues para él “...el autoritarismo es un instinto y la democracia una cultura.” (Tomo 3; pág. 470.)

Inés Quintero, por su parte, tal vez porque su trabajo es, por decirlo así, *monográfico*, rompe con el rasgo que unifica a las conversaciones de los otros cuatro historiadores y en ningún momento se refiere al gobierno con el que moría un siglo y nacía otro; pero no por ello deja de someter el pasado a análisis, estudio e interpretación, con la singularidad de que lo hace desde la perspectiva teórica y metodológica de un proceso concreto: el que constituyó lo que llama Manuel Caballero (Tomo 3; pág. 458): “...la segunda gran revolución venezolana ... compartida con el mundo entero ... la conquista de la calle por la mujer...”

En efecto, Quintero revisa en el discurso político y en las revistas y periódicos laicos y católicos las distintas ideas que van quedando registradas a la par de que las mujeres van logrando el reconocimiento y la aceptación de su significación social, política, intelectual y económica, principalmente; en la medida en que su presencia va escalando posiciones en el ejercicio del voto, la educación, la organización de entidades de carácter femenino y la institucionalización de sus conquistas. De esto las estadísticas también se hacen eco y al respecto apunta la historiadora que el analfabetismo femenino se redujo del 52,6% de 1951, al 25,2% de 1971 y al 9,9% de 1990 (Tomo 1; pág. 262.) Pero ello es detectable no sólo en materia educativa, sino —sobre todo— también en la laboral: la población femenina económicamente activa era de 278.802 en 1941, 373.053 en 1981 y 1.209.407 en 1990 (Tomo 1; pág. 264), por lo que puede estimarse que en la Venezuela actual: **¡de cada cuatro hogares, uno es mantenido directamente por una mujer!** (Ídem.)

Por supuesto que los guarismos y los textos legales no son confundidos con la realidad de la mujer venezolana y por ello Inés Quintero hace la siguiente precisión (Tomo 1; pág. 270):

Las leyes sancionadas, las disposiciones que protegen a las mujeres, la consagración de la igualdad y el rechazo a la discriminación son logros que, si bien contemplan a la totalidad de las mujeres, su instrumentación y alcances son de contenidos limitados.

Estamos, pues, frente a una realidad en la cual es posible advertir cambios, pero también carencias y contradicciones...”

Por último, en lo que, de nuestra parte, tiene que ver con el lugar que ocupan en la obra Quintero, Caballero, Pino, Carrera y Velásquez con respecto al propósito que le da origen a la misma (buscarle una *explicación coherente y unitaria* al proceso histórico de nuestro país en el pasado siglo); los cinco coinciden en una misma

apreciación sobre el siglo XX venezolano: la *conquista de la calle* y la *irrupción de las masas* son los signos definatorios de la centuria de los *novecientos* en Venezuela, pues a la vera de esos procesos se habría estructurado el país urbano e interconectado por carreteras y otros medios de comunicación en el que nos encontramos cuando ya el siglo XXI va doblando en su primera década.

* Licenciado en Historia (U.L.A., 1983), Magister Scientiae en Filosofía (U.L.A., 1996), Doctorando desde 2002 del Programa Política, Economía y Sociedad en la Edad Media, Antiguo y Nuevo Régimen (Departamento de Historia Moderna, Universidad de Sevilla-España.) Profesor Asociado adscrito al Departamento de Historia Universal de la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela.)